
Felipe Fernández-Armesto

Nuestra América

Una historia hispana
de Estados Unidos

Traducción de
Eva Rodríguez Halfter



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Toda la piel de América es nuestra piel
–Atribuido a Pablo Neruda

Nota sobre usos

El foco de mi trabajo se centra en los más de cincuenta millones de ciudadanos estadounidenses y residentes permanentes que, como yo, se inscriben como «hispanos» en los censos oficiales, y en sus antepasados. Los denomino «hispanos», un nombre que corresponde a una forma de identidad claramente reconocida en las estadísticas oficiales, y ampliamente aceptada por las personas que se lo aplican a sí mismas. Utilizo la palabra «latino» sólo cuando cito o aludo a la producción académica contemporánea, en la que es el término preferido para los inmigrantes llegados a Estados Unidos de América Latina, o para aquellos que comparten algún aspecto de las culturas o tradiciones de origen supuestamente latinoamericano. Debo confesar que una de las razones por la que evito esta última palabra es que me excluye, dado que mi origen paterno se encuentra en España; otra es que incluye a los brasileños, que no forman parte del tema que me ocupa en este ensayo. El término «hispano» se originó en círculos oficiales ya en la década de los sesenta, y en un principio designaba a los hispanoparlantes. Cuando yo lo utilizo no implica idioma, pigmentación u otra característica cultural: es sencillamente un auto-descriptor. Pero a lo largo del libro, por motivos prácticos y de sentido común, he tratado el uso del español como un criterio suficiente, si bien no necesario, de inclusión. He denominado «gringos» a los enemigos de los hispanos, o a aquellos que algunos hispanos percibieron como enemigos alguna

vez, en un intento de captar o invocar un particular punto de vista; por supuesto, no utilizo este término, ni ningún otro, conscientemente con intención peyorativa, pues tengo presente la advertencia de «Papi», el personaje de Esmeralda Santiago:

–Nunca hay que llamar gringo a un americano. Es un insulto muy ofensivo.

–Pero ¿por qué?

–Porque sí...¹

Lo mismo cabe decir *a fortiori* sobre los nombres aplicados a los hispanos en los Estados Unidos, nombres como *greasers* y *dagos*. En ocasiones utilizo «chicanos» para referirme a los mexicano-americanos que se auto-designan de este modo, e «indios» para referirme a los nativos de Norteamérica en zonas que pertenecieron anteriormente a la monarquía española.

Como manejé diferentes ediciones del libro de Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, he citado de esta obra por número de capítulo, y he hecho lo mismo con *Two Years Before de Mast* de Richard Henry Dana porque mi ejemplar es una edición oscura y sin fecha. En ambas obras los capítulos son cortos y, en la medida de mi conocimiento, igualmente numerados en todas las ediciones.

Prólogo

La imagen del sol que nunca se pone ha sugerido, durante mucho tiempo y con frecuencia, las enormes dimensiones de la monarquía española en los siglos XVI al XVIII. Cuando el gran orbe brillaba sobre los dominios hispanos en Asia, la oscuridad cubría las tierras de la Corona de Castilla en América. Los rayos del sol alcanzaban éstos después de iluminar los reinos y estados europeos sometidos al monarca católico. Sus inmensos territorios albergaban una gran diversidad de pueblos, geografías y culturas, algunas de las cuales precedían y sobrevivieron al imperialismo, mientras que otras emergieron y se desarrollaron en el marco de la monarquía o paralelamente a ésta.

Si nos centramos en la América hispana, la mayor parte de la cual se constituiría posteriormente en una serie de repúblicas independientes ligadas por una lengua común y en fraternidad cultural con España, nos encontramos con un caso en apariencia anómalo: un gran país, los Estados Unidos de América. Pese a que no pertenece al grupo de naciones que se ha denominado América Latina, Estados Unidos compartía una historia común con la mayoría de ellas, en parte porque una considerable porción de su actual territorio formó parte de los dominios de la Corona española. Bastaría con recordar las fronteras acordadas por España y Estados Unidos: primero en 1795, por el Tratado de San Lorenzo, también conocido como Tratado Pinckney, y después en 1819, por el Tratado Transcontinental, asimismo

llamado Tratado Adams-Onís por las personas que lo negociaron. El largo periodo de historia común no es suficientemente conocido ni valorado en la historiografía americana o española: aunque determinados autores han escrito obras de verdadero mérito, el espacio para nuevas investigaciones es enorme.

En el contexto de los objetivos de la Fundación Rafael del Pino, entre los que figura la conservación de la herencia histórica y cultural española, la fundación toma parte activa en empresas culturales que resaltan todo lo que ambas naciones tienen en común, y en particular el papel de España en la configuración histórica de Estados Unidos. Por otra parte, más de trescientos becarios de estudios de posgrado de la Fundación han ampliado su formación en universidades americanas; actualmente hay 13 en Estados Unidos. Tres acuerdos vigentes con la Universidad de Harvard y uno con la Universidad del Estado de Georgia en Atlanta dan prueba de nuestro interés en compartir nuestras ideas y sentimientos con Estados Unidos.

Nuestro patrocinio del libro del profesor Fernández-Armesto no es, por consiguiente, una iniciativa aislada sino que forma parte de una amplia política cultural. El libro que aquí presentamos es una historia de América desde la perspectiva hispana. O acaso podría ser calificado más exactamente como un libro sobre la presencia de España en la historia de Estados Unidos. Pero es mucho más que eso, puesto que también se centra en la influencia hispana sobre el pasado reciente del país, en su presente e incluso en su futuro inmediato. *Nuestra América: Una historia hispana de Estados Unidos* no dejará a nadie indiferente. Nacido y formado en Inglaterra, hoy profesor en la Universidad de Notre Dame y previamente de la Universidad de Londres, el profesor Fernández-Armesto nos invita a acompañarlo en un viaje que sigue múltiples sendas a través de la dimensión hispana de Estados Unidos pasada, presente y futura. Comienza transportándonos hasta la época del descubrimiento y las colonias, y después nos lleva en un recorrido por las épocas

y lugares que jalonan la difícil relación entre las dos grandes potencias, si bien una de ellas, España, estaba entonces en decadencia y olvidado su poder predominante, mientras la otra, América, iba elevándose hacia el cénit del papel que aún desempeña como fuerza de configuración y reconfiguración del mundo. Las páginas finales del libro miran hacia el futuro sin perder de vista el pasado: *por qué los Estados Unidos es –y tiene que ser– un país latinoamericano*. El autor adopta un planteamiento positivo, «es –y tiene que ser–», evitando la palabra «problema», cuyo uso en cualquier discurso intelectual, en palabras del gran escritor hispanoamericano Jorge Luis Borges, «podría ser una insidiosa petición de principio». La línea argumental invariablemente positiva de este libro nos transporta a un presente no carente de dificultades pero, sobre todo, a un futuro alentador. Un pasado digno de ser recordado; el presente encarnado por los estudiantes de posgrado de la Fundación Rafael del Pino; y un futuro en el que la influencia hispana y la riqueza de la cultura hispana contribuyan constructivamente a los Estados Unidos: este es el escenario de todo lo que la fundación emprende en asociación con un país que es buen amigo y aliado de España y de todo el mundo hispano: Estados Unidos.

MARÍA DEL PINO
Presidenta de la Fundación Rafael del Pino

Introducción

«Es como la ilusión óptica de una composición de cubos, ya saben, el dibujo de cubos que parece cóncavo a la vista; y después, mediante un reajuste de nuestro enfoque mental, súbitamente aparece convexo. ¿Qué es lo que produce el cambio? Pues bien, se capta un determinado ángulo bajo una nueva perspectiva, y a partir de ella se obtiene el cuadro mental de toda la composición.»

RONALD KNOX, *The Three Taps* (1927)

Comencé este libro –en mi cabeza, donde siempre empiezo a escribir años antes de tocar el teclado– en Colorado Springs. Estaba allí para dar unas charlas en la Academia de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. En aquel momento, esta academia tenía fama de ser un enclave evangélico y conservador. Algunos estudiantes tenían a mano su Biblia cuando me hacían preguntas. Claramente deseaban que el mundo fuera mucho más simple de lo que en realidad es. Por lo general, no obstante, me pareció que esta academia era un espacio ejemplar de educación, y era reconfortante saber que se fomentan la inteligencia crítica, la reflexión ética y la amplitud cultural en los oficiales de las fuerzas armadas de la superpotencia mundial. Los profesores que tuve la fortuna de conocer, la mayoría de los cuales eran oficiales de las fuerzas aéreas, con un aderezo de estudiosos civiles, eran liberales en el mejor sentido de la palabra: sin prejuicios, considerados, generosos.

Mantuve una larga conversación sobre inmigración con uno de ellos; tenía –con una limitación– lo que yo llamaría una visión apropiada de la cuestión. Comprendía que Estados Unidos necesita mano de obra inmigrante, y en abundancia. Deseaba que el país fuera hospitalario con los inmigrantes, y entendía que la mejor manera de convertirlos rápidamente en ciudadanos patrióticos o en residentes leales es hacer que se sientan cómodos. No había en él ni rastro de hostilidad hacia ningún color o credo. Sabía que el futuro de Estados Unidos era inevitablemente plural y que los naturales tenían que adaptarse a este cambio, igual que los venidos de fuera tenían que amoldarse para encajar.

Su única objeción era que, en su opinión, «la gente que viene aquí debe aprender la lengua nativa». No creía yo que estuviera hablando o aludiendo al ute o al comanche, de modo que respondí: «Estoy completamente de acuerdo. Todo el mundo tendría que aprender español». Pareció desconcertado durante un momento, de modo que añadí: «¿Cómo se llama este estado?». Puesto que estábamos en Colorado, me dio la razón. Yo correspondí coincidiendo en que todo el mundo debe saber inglés en Estados Unidos, pero no a expensas de abandonar la lengua de sus antepasados. Insistí también en que el bilingüismo es al menos dos veces más ventajoso para cualquier comunidad que autoencerrarse en una sola lengua.

Este encuentro me hizo comprender que ni siquiera las personas cultas, amables y tolerantes de Estados Unidos tienen conciencia de que su país tiene un pasado hispano, así como un futuro hispano; o, al menos, que si conocen en efecto el hecho, no suelen concederle relevancia coetánea o significación cultural algunas.

Las elecciones presidenciales de 2012, en las que la población hispana votó en cantidades inesperadas y sorprendente solidaridad a favor de Barack Obama, alertó incluso a los políticos más miopes a la fuerza numérica actual y futura de los hispanos. Mientras reviso el texto de este libro por última vez, compactando la prosa, respondiendo a las sugerencias

del editor, repensando algunas afirmaciones y dando más relieve a otras, estoy rodeado de columnas periodísticas y emanaciones de las ondas hercianas y la blogosfera que vibran con la importancia del voto hispano. En Estados Unidos, un colectivo «demográfico» deviene en «el voto» siempre que los votantes de un determinado grupo de edad, etnia, fratría o alguna otra tribu definida en términos psfológicos, muestra, conjuntamente, fuerza numérica y hábitos electorales congruentes. Entonces los políticos y agentes de poder se percatan de ellos y los cultivan.

En las elecciones de 2012 el ganador, según el consenso de los expertos, tuvo el apoyo del 71% de los votantes que se califican como hispanos. El margen de victoria del presidente Obama en la mayoría de los estados donde cambió el signo del voto (*swing states*) fue tan grande, que habría ganado aun si los votantes hispanos se hubieran dividido más igualmente. Pero en Florida, Nevada, Colorado y Nuevo México, que probablemente seguirán figurando entre los estados más duramente disputados en futuras elecciones durante muchos años, Obama necesitaba el voto de la mayoría hispana para ganar. Y lo obtuvo. En cierto sentido, los votantes hispanos rompieron decisivamente una tendencia: Nevada y Colorado fueron los únicos estados occidentales de la región montañosa que votaron a favor de Obama. La importancia de este fenómeno parece destinada a aumentar, en parte porque crece el número de hispanos, y en parte porque disminuye el atractivo republicano para los hispanos un año tras otro desde 2004. Se cree que los estrategas republicanos responderán planeando políticas de atracción para los hispanos y formulando mensajes pensados para la población hispana.¹ «Tenemos un problema latino que acaba de costarnos unas elecciones nacionales», fue la respuesta del portavoz del Partido Republicano, Mike Murphy, la noche de los comicios. «Vamos a tener que abrir una conversación muy madura, que podría convertirse en una pelea interna a bofetadas, sobre cómo volver a ser elegibles».² Poco después de las elecciones se inició la carre-

ra republicana para ganarse a los hispanos cuando el gobernador de Nevada, Brian Sandoval, anunció una vía rápida para otorgar documentos de identidad estatal a algunos presuntos inmigrantes ilegales.

Pese a todo, aunque los políticos han fingido percibir el papel de los hispanos en el presente y el futuro, los hechos de la vida electoral parecen haber tenido escasa incidencia, hasta el momento, en cuanto a cómo percibe la mayoría el lugar de los hispanos en la historia estadounidense.

Recuerdo con deleite un divertido momento del *Andy Griffith Show*, quizá la serie emitida con mayor frecuencia en Estados Unidos. La primera vez que topé con este programa, cambiando de canal en un intento de apaciguar mi agotamiento durante una noche insomne en un incómodo hotel, pensé que el diálogo captaba, con mayor fidelidad que casi ningún otro documento de la cultura popular que entonces conocía, lo que la gente común y corriente piensa del país. En el episodio al que me refiero, Andy y sus amigos se matriculan en un curso para adultos de historia estadounidense. La clase empieza preguntando cuándo se inicia la historia de Estados Unidos. Uno de los personajes propone: «En el momento en que los Peregrinos se bajaron del barco». Andy pone reparos, alegando que había colonos ingleses en Virginia antes del desembarco en Massachusetts. Su observación incita a otro a decir que quizá la historia empezó en las profundidades de la historia inglesa. Otro menciona a Colón, apuntando la idea de que acaso la historia empezara en España, pero esta sugerencia se desvanece en el éter y el curso sigue la narración convencional de la expansión de anglo-América por todo el continente de este a oeste. En otro episodio, la profesora que llega a ser novia de Andy pregunta a su clase dónde había empezado Estados Unidos. El hijo de Andy salta con la respuesta al instante: «En Jamestown, profesora. 1607».

Los ciudadanos de los Estados Unidos han aprendido siempre la historia de su país como si hubiera ido confor-

mándose exclusivamente de este a oeste. En consecuencia, muchos de ellos creen que su pasado ha creado una comunidad esencialmente –y hasta necesariamente– anglófona, con una cultura fuertemente ligada a la herencia del protestantismo radical y a las leyes y valores ingleses. Los inmigrantes de otras identidades han tenido que contemporizar y adaptarse, sacrificando sus lenguas y conservando sólo un sentido residualmente diferenciador de sus peculiaridades en tanto que americanos con doble gentilicio. Los descendientes de esclavos han tenido que someterse al mismo proceso. Los nativos que precedieron a los colonos han tenido que renunciar y adaptarse.

Sin duda la versión de Andy Griffith sobre la historia estadounidense no es errónea. El país, como las barras de su bandera, está urdido, en parte, sobre una trama horizontal que se extiende de lado a lado del continente. Pero no hay tejido posible sin una fuerte urdimbre que la cruce perpendicularmente de abajo arriba. La historia hispana de Estados Unidos constituye esa urdimbre: un eje norte-sur en torno al cual se formó Estados Unidos, que se cruza con el eje este-oeste que suele primar en la perspectiva convencional. Hacer visible la contribución hispana es como inclinar el mapa hacia un lado y ver Estados Unidos desde un punto de vista inusual.

La historia es una musa a la que atisbamos entre las hojas mientras se baña. Cuanto más varías el punto de vista, tanto más es lo revelado. No digo esto por alguna razón postmoderna, con objeto de insinuar que la realidad histórica es inexistente o inaccesible. Por el contrario, creo que la verdad está en algún sitio. Pero no puede ser aprehendida con facilidad y toda de una vez. Construimos el cuadro poco a poco, de modo parecido a como, dando vueltas alrededor de una escultura o un edificio, nos hacemos una idea general contemplando cada porción, cada aspecto, por separado. La ventaja de variar la perspectiva es que aumenta nuestra provisión de percepciones y nos aproxima a la verdad: a la objetividad que late en la suma total de todas las posibles

subjetividades. Las perspectivas nuevas siempre mejoran nuestra visión porque ponen en tela de juicio nuestros supuestos. Pensemos en los mapamundis argentinos o australianos que ponían el sur en la parte superior, o en una naturaleza muerta de Paul Cézanne que, al reanudar el trabajo por las mañanas, colocaba el caballete en un punto diferente con el fin de situar cada uno de los objetos que pintaba en una perspectiva peculiar propia. En este libro he adoptado una sola perspectiva hispana. Por consiguiente, no se trata de una historia general de los Estados Unidos, sino solamente de un ensayo que pretende abrir una vista nueva. No revela toda la verdad del tema, pero dirige la atención hacia un modo importante y aún infrutilizado de abordarlo.

He procurado, no obstante, incluir a todo el país panópticamente, y todo el periodo desde 1505 hasta nuestros días. La justificación para intentar escrutar una trayectoria tan larga y tan ancha con una sola mirada de soslayo es que las historias parceladas no han logrado hasta el momento modificar el modo en que la mayoría de los estadounidenses contempla su país.

Los materiales para estudiar la urdimbre se hicieron accesibles a finales del siglo XIX gracias a Hubert Howe Bancroft, un hombre de negocios californiano que dedicó su jubilación y su fortuna a coleccionar documentos, encargar trabajos a investigadores profesionales y publicar historias regionales, reuniendo en una sola visión general la totalidad del área del Pacífico al oeste de las Montañas Rocosas y la Sierra Madre, con algunas incursiones más allá de estos límites, llegando por el este hasta el Golfo de México. Bancroft tenía una fuerte sensibilidad moral, inclinaciones conservadoras y aversión a todo lo que le parecía tosco, vulgar e irreverente. Odiaba la fiebre del oro, que en su opinión habría podido corromper California para siempre si no hubieran llegado honrados agricultores detrás de los buscadores de oro. Detestaba el nacionalismo de vía estrecha y consideraba ejem-

plar la mezcla de migrantes y autóctonos de su estado: «esta mixtura de lo mejor de cada nación» cuyo «efecto sobre la benevolencia y el progreso de la humanidad se dejará sentir cada vez más a medida que pasen los siglos».³ En 50 años de trabajo infatigable a partir de 1868, la producción de Bancroft no incluyó jamás una historia que se centrara en la contribución hispana a la formación de los Estados Unidos, pero hizo posible ver que dicha historia existía.

El sucesor de Bancroft en la labor de entresacar de los archivos el pasado hispano de este país fue Herbert Eugene Bolton. Éste se graduó de la universidad en la década de 1890 —aquella en que las guerras indias acabaron y la Oficina del Censo norteamericana declaró cerrada la frontera— en el momento preciso en que Estados Unidos se extendió por el continente de mar a mar. Bolton mismo se trasladó también al oeste, desde Pensilvania, donde hizo estudios postgraduados sobre los negros libres en el periodo prebélico, volvió a su estado natal de Wisconsin para enseñar en una escuela, y marchó después al otro lado del país, siguiendo los pasos de los pioneros, como catedrático en Texas y California. A lo largo de su trayectoria, empezó a poner en cuestión la historia este-oeste sobre la formación de Estados Unidos, que él había aprendido con uno de sus máximos exponentes: su profesor en Madison, Frederick Jackson Turner. La fuerza de la evidencia en cuanto a la penetración colonial española que Bolton vio en el suroeste le convenció de que había más de una historia que relatar sobre cómo se hizo Estados Unidos.

En «los antiguos territorios fronterizos al norte del río Grande, la huella del dominio español es todavía profunda y clara», concluyó Bolton. «Y tampoco», advertía, «está el culto —o cultura— hispano perdiendo su influencia. Por el contrario, va cobrando fuerza. En suma, el suroeste es tan español en color y antecedentes históricos como Nueva Inglaterra es puritana, como Nueva York es holandesa, o como Nueva Orleans es francesa».⁴ Bolton amplió la gama de investigaciones que Bancroft había encargado en los archivos mexicanos y españoles. Así adoptó una visión com-

pleja y plural del carácter de Estados Unidos como la confluencia de numerosos pasados diferentes —el de época colonial, el francés, español y holandés, además de inglés— y múltiples comienzos. En 1920 intentó escribir una historia del periodo colonial de Norteamérica con diversos puntos de arranque en España, Inglaterra, los Países Bajos y Francia.⁵ Reconoció que había otros posibles puntos de inicio o exordios en los pasados autóctono y negro, aunque en su obra nunca les otorgó equivalencia con los de Europa. Inauguró también un debate, que aún perdura, sobre si tiene o no sentido ver la historia de Estados Unidos como excepcional dentro de su propio hemisferio, o si se comprende mejor en el contexto de la historia de las Américas en general: Bolton hizo cambiar de opinión a muchos estudiosos en este punto, pero en la percepción popular parece imborrable la idea de que Estados Unidos está destinado a ser especial por las singulares características de su pasado sin parangón.⁶

Bolton escribió pensando en un público lector amplio, pero el alcance de su influencia fuera del mundo académico fue reducido. Carey McWilliams, por otra parte, fue un divulgador de primer orden, con la vocación del periodista para la comunicación y el talante y la perspicacia del estudioso. Antes de ocupar en 1955, durante largo tiempo, el puesto de director del semanario *The Nation*, que sigue siendo ejemplar en su defensa del liberalismo en Estados Unidos, trabajó en California, repartiendo su tiempo entre su profesión de abogado —especializado en la defensa de los desfavorecidos— y escribir informes y comentarios sobre las flagrantes injusticias sociales que clara y profundamente afectaban a su sensibilidad. Había sufrido privaciones en la infancia, cuando el rancho de su familia se arruinó. La Depresión le radicalizó al ver a los desesperados trabajadores abandonados o explotados.

De 1939 a 1942 McWilliams trabajó en el Departamento de Inmigración y Vivienda del gobierno estatal, defendiendo la causa de los trabajadores del campo inmigrantes y

de los huidos del Dust Bowl.* Reunió financiación para defender a los encausados hispanos victimizados en un juicio, a todas luces corrupto, por asesinato en Los Ángeles en 1942 (véase más adelante, p. 354) y también defendió a los japoneses-americanos enviados a campos de internamiento durante la Segunda Guerra Mundial. Denunció el antisemitismo y el macartismo. César Chávez, héroe de los braceros chicanos en los años sesenta, decía haber aprendido agroindustria con él. Los cazadores de brujas acusaron a McWilliams de comunista por criticar la prohibición de matrimonios interraciales, y proponer que se permitiera a los niños hispanos bañarse en los embalses públicos de Pomona (California).⁷ Escribió muchos libros influyentes. Uno, del que el mundo en general hizo caso omiso, publicado en 1949, era *North from Mexico* (*Al norte de México*), en el cual desarrolló algunas de las ideas de Bolton y esbozó la conveniencia de una historia alternativa de Estados Unidos, construida sobre las rutas migratorias de los trabajadores mexicanos.

McWilliams no logró alterar la percepción pública de la contribución hispana a la formación de Estados Unidos. El legado de Bolton, por otro lado, fue infinitamente más influyente en las universidades que fuera de ellas. Suele decirse que tuvo más estudiantes de doctorado que ningún otro historiador en la historia mundial. Sus estudiantes difundieron su mensaje y crearon una tradición, conocida como *Borderlands school* (escuela de las tierras fronterizas), que ha producido innumerables historias sobre las regiones de Estados Unidos que formaron parte en su día de la monarquía española o de la república mexicana, y que ha resaltado la amplia influencia del pasado hispano en Estados Unidos. Los que militan en esta escuela han conseguido complementar,

* El Dust Bowl (literalmente «Cuenco de polvo») fue uno de los peores desastres ecológicos del siglo XX, una sequía que afectó a las llanuras y praderas que se extienden desde el Golfo de México hasta Canadá. La sequía se prolongó al menos de 1932 a 1939, y estuvo precedida por un largo periodo de precipitaciones por encima de la media. (*N. de la T.*)

pero no desplazar, el mito tradicional. Incluso en círculos académicos, como veremos, la mayoría de los norteamericanos siguen considerando que Jamestown es el mejor punto de arranque a partir del cual construir una narración sobre la formación del actual Estados Unidos; hay muchos que incluso creen –erróneamente, claro está– que el primer asentamiento permanente europeo en lo que es hoy territorio estadounidense fue inglés.

Existe, por supuesto, una versión hispana igualmente mítica de la historia de Estados Unidos, en que la época española aparece como una civilización perdida truncada por la barbarie inglesa, mientras que la visión de los historiadores parece hipnotizada por el destello de las espuelas caballerescas, hechizada por los ojos negros de las cimbreantes señoritas, deslumbrada por el fulgor de las espadas, y desarmada por la piedad de los misioneros y los mártires. Carey McWilliams desconfiaba del mito, y censuró el empalagoso romanticismo y los falsos recuerdos que doraban el pasado español en el suroeste de Estados Unidos.⁸ Un artículo representativo y sorprendentemente influyente, publicado en una revista regional en 1955, denunciaba la «mitopoeia» hispanófila por exagerar la importancia de la cultura española en el suroeste «desde Helen Hunt Jackson y la leyenda de Ramona hasta [...] el último especulador inmobiliario que se inventa topónimos de resonancia española».⁹ Yo sospecho que el mito hispánico se originó como antídoto del mito inglés. Por ello, en este libro he concentrado el fuego sobre el segundo, y espero que el primero se tambalee en consecuencia. Indudablemente hay que atesorar con afecto los mitos por el arte que inspiran, y deben ser estudiados y comprendidos en virtud de su auténtico impacto sobre los hechos reales. Pero sólo pueden ser plenamente apreciados si los diferenciamos de la historia.

Este libro no es un estudio sobre inmigración, porque la idea angloamericana de sus vecinos hispanos en Estados Unidos

se ha resentido muchas veces de una imagen en la que la presencia hispana se perfila a partir de la inmigración a un país cuya cultura había surgido ya plenamente formada de su costa este. Los hispanos son copartícipes en toda la historia del país: parte de sus orígenes y parte de todo episodio importante en su evolución. Naturalmente, la inmigración es un tema importante en las páginas que siguen, porque ha reconfigurado la presencia hispana en Estados Unidos, y ha hecho a todas las comunidades del país lo que son, al margen del tiempo que lleven en él. «Los inmigrantes», como señaló Oscar Handlin, uno de los máximos historiadores norteamericanos de la inmigración, «fueron historia americana». John Higham, un historiador algo más joven y casi igualmente heroico muy conocido en los años cincuenta, estudió las ambigüedades de las reacciones norteamericanas a los inmigrantes en un libro clásico, que contribuye a hacer inteligible la inquietud anglo-americana frente a los inmigrantes hispanófonos en la actualidad situándola en contexto histórico. Higham compartía la percepción de Handlin, que se ha convertido en ortodoxia estadounidense.¹⁰ Pero el Estados Unidos hispano abarca más que inmigrantes. Los hispanos precedieron a Estados Unidos en lo que es hoy su territorio nacional. Su presencia ha formado una parte más prolongada de la historia de esta tierra que la de ningún otro intruso del otro lado del Atlántico, incluidos los anglo-americanos.

El miedo surge de la percepción errónea de que la inmigración es la única fuente de influencia hispana en Estados Unidos. Los temores y las falsedades se alimentan entre sí, como serpientes mordiendo la cola. Dos tipos de miedo cuentan en la situación actual. El primero, el temor a los «ilegales», que es ante todo económico, sigue los ritmos de las oportunidades de trabajo: hay momentos, a veces peligrosamente continuados, de resentimiento nativista cuando los tiempos son difíciles, pero los temores disminuyen en cuanto la gente comprende que los inmigrantes se alejan de los mercados de trabajo en recesión. Cuando la economía se

recupera, los ilegales son una vez más aceptados para hacer los trabajos que nadie más quiere hacer. Los temores culturales, en segundo lugar, son más insidiosos que los económicos. La preocupación por la mutabilidad de la cultura tiene una parte comprensible. La inquietud estadounidense por la erosión de las costumbres, lengua, modales y modos de vida habituales es parte de un fenómeno global. Incluso comunidades con una larga inversión en multiculturalismo, los Países Bajos, por ejemplo, y el Reino Unido, se han vuelto hostiles a éste en época reciente, y algunos políticos ganan votos prometiendo leyes de inmigración más duras, mayores exigencias de «integración» y «asimilación» de los inmigrantes, y criterios más estrictos de adaptación cultural en las pruebas de ciudadanía. La repulsa del multiculturalismo —que, hay que admitirlo, no funciona bien, pero debe sin duda ser alabado por funcionar aunque sea mínimamente— ha afectado profundamente a Estados Unidos, donde nunca fue fuerte y donde siempre se ha esperado que los inmigrantes arrojen su singularidad al «crisol». En 2005, con un valor rayano en la temeridad, Samuel Huntington —el politólogo de Harvard cuya animadversión hacia los hispanos, a la que volveré al final de este libro, suscitó indignación en Europa y América Latina— expresó los temores de disolución o metamorfosis de la identidad estadounidense a causa de una oleada de inmigrantes hispanos. Lo que quisiera sostener es que, se fijen en la economía o en la cultura, esos temores son irracionales. En los capítulos que siguen voy a mantener que los estadounidenses no tienen por qué temer ante los cambios que hoy se están produciendo.

Existen abundantes precedentes históricos que son alentadores. Prácticamente toda característica cultural anteriormente entronizada o sacralizada como esencial por los patriotas estadounidenses, ha resultado compatible con otras culturas nuevas o complementarias introducidas por los inmigrantes, o legadas por los predecesores de los anglo-americanos. Ningún modelo étnico en particular ha conservado un lugar de privilegio en la identidad estadounidense.

Se puede ser negro y presidente de la nación. Hay música que «suenan americana», como dijo Glenn Miller, pero otra mucha suena también irlandesa o latina o judía. No creo, por ejemplo, que el ritmo o la dirección de la inmigración vayan a atenuar jamás el talante y la tradición ingleses de la mayor parte del derecho estadounidense, pero es fácil imaginar un futuro en el que este país extraiga sus leyes principalmente de la vena inglesa de su historia, y otros aspectos de la cultura de una mezcla de aportaciones de otras comunidades, originarias de distintas partes del mundo.

Hace ya mucho tiempo que el protestantismo ha dejado de ser una tradición «americana» definidora. En rigor, los propios padres fundadores la excluyeron al negarse a instituir una «religión oficial», aunque los reaccionarios libran una acción de retaguardia a favor de ésta como supuesta fuente de características laicas de la cultura como son el individualismo, el capitalismo, y hasta la democracia (aunque, como veremos [más adelante, p. 434], en realidad el protestantismo guarda escasa o nula relación con ninguna de ellas). Ya hace tiempo que los católicos superan a cualquier iglesia protestante en la población. Eran ya la confesión más numerosa hacia mediados del siglo XIX, aumentando hasta aproximadamente el 20% de la población en el momento de la Segunda Guerra Mundial. Alrededor de una cuarta parte de los ciudadanos estadounidenses son hoy católicos. En las cuatro últimas décadas, la población católica ha crecido hasta casi el 75%. Hay ahora casi cuatro veces más católicos, según las declaraciones recogidas en los censos, que fieles al siguiente mayor credo, los bautistas del sur. Ya no es (si es que alguna vez lo fue) antiamericano ser católico.

La lengua inglesa sigue teniendo gran peso para quienes buscan principios unificadores. En esta tierra de inmigrantes, la mayoría de los no hispanófonos sigue respondiendo en las encuestas que el país debe tener una sola lengua para estar unido (aunque los precedentes históricos sugieren lo contrario: la mayor parte de los estados más logrados a lo largo de la historia, entre ellos muchos de los más poderosos

y perdurables, han combinado unidad política con bilingüismo o pluralidad lingüística). El estatus del inglés podría cambiar y probablemente lo hará. El inglés estadounidense tiene ya muchos préstamos de otras lenguas en cuanto a peculiaridades gramaticales y léxicas, especialmente del español y el yiddish. El español es ya el segundo idioma *de facto* en Estados Unidos y el segundo idioma *de jure* en algunas partes del país (aunque, por razones que veremos, dudo que el español vaya a ser tan privilegiado en Estados Unidos como, por ejemplo, el francés en Canadá). El lenguaje de los diálogos ficticios de Junot Díaz, aclamado escritor estadounidense nacido en Santo Domingo, capta el moderno hibridismo americano. La mayoría de las palabras españolas de su léxico macarrónico aluden al sexo. En «Ysrael», su primer cuento, publicado en 1995, los «tigres» garrapatean en la pared «chocha» y «toto», y «chingan» a las «chicas». Es como si Samuel Pepys –que optó por el español, además del francés y el latín, para ocultar a su mujer y a los criados los pensamientos impuros de su diario– se hubiera reencarnado en un pillastre callejero, y las blasfemias de Junot Díaz, como las notas a pie de página de Gibbon, estuvieran ataviadas con la decente «oscuridad de un lenguaje culto». Pero no hay que abandonarse a esta impresión. El español no es ni arcano ni esotérico en Estados Unidos. Como mi anfitrión de la Academia de las Fuerzas Aéreas reconoció, es una lengua nativa de este país, con una historia en sí más antigua que la del inglés. Una identidad auténticamente estadounidense puede sobrevivir en un futuro bilingüe y multicultural.

El propósito de este libro, en suma, es demostrar que hay otras historias de Estados Unidos aparte del relato estándar anglo-americano: en particular, una historia española, que discurre de sur a norte y confluye con la historia de la frontera anglo-americana, me proporciona el hilo narrativo, al cual voy enhebrando y entrecruzando otras historias. He

rotado la panorámica habitual, de modo que en lugar de observar la formación de Estados Unidos desde el este, vemos cómo transcurre desde el sur, con anglo-América inyectada o injertada en una versión de acento español. El efecto, o eso espero, es que, en lugar de que las historias de los negros, de los indios americanos y, posteriormente, de los migrantes sean otros tantos añadidos a una historia anglocéntrica, se conviertan en hebras equiparables de un tejido complejo.

La actual América plural aparece, en estas perspectivas, como producto de todo el pasado americano, no como una amenaza a la tradicional identidad estadounidense. No hubo, como veremos, una sola frontera, ni una sola lengua, o tradición o identidad, ningún destino manifiesto, ni cultura que merezca ser hegemónica o que predomine o deba predominar en virtud de la experiencia histórica estadounidense.

La diversidad misma del origen de los norteamericanos contribuye a explicar el porqué están característicamente tan imbuidos de símbolos de unidad: la lengua, el derecho, la bandera, los mitos históricos, el «Sueño americano». *E pluribus unum*: los padres fundadores querían que este lema se aplicara a una multiplicidad de estados, pero ahora la multiplicidad es de etnias e identidades, de lenguas y colores, y el proceso de construir la unidad continúa en un sentido cultural más que político. Irónicamente, Estados Unidos es en tal medida variado en tonalidades, que el pluralismo es el valor común más eficaz. Los americanos sólo pueden mantenerse unidos si se ponen el alma en paz con su propia diversidad. En estas circunstancias, las gentes de Estados Unidos no pueden sino reconsiderar su historia y ver que se ha originado en numerosos lugares. La Roca de Plymouth quizá no quede nunca sumergida bajo la marea del pluralismo, pero será menos prominente.

Debido a que he adoptado francamente una sola perspectiva, ofrezco lo que sigue simplemente como un ensayo sobre la historia de Estados Unidos, no como un estudio exhaustivo, con el objeto de estimular una reflexión más que de acumular conocimientos. La Primera Parte cubre la épo-

ca colonial. Los capítulos 1 y 2 cuentan la historia de las primeras colonias europeas en lo que es hoy territorio estadounidense al este de las Montañas Rocosas: los asentamientos españoles de Puerto Rico, Florida y parte de lo que hoy consideramos el Suroeste. En el capítulo 3 trato sobre las colonias inglesas o (como fueron después) británicas y sus primeras intersecciones con las españolas. El capítulo 4 versa sobre la primera colonización de California y el subsiguiente enfrentamiento con anglo-América, culminando en la guerra Mexicano-Americana. Los dos capítulos siguientes componen la Segunda Parte, que aborda los episodios decisivos del siglo XIX a causa de los cuales la historia hispana de Estados Unidos pareció –algún tiempo– trivial, marginal o finalizada: la subordinación de la población hispana y la expansión anglo-americana hacia el oeste. En la Tercera Parte me centro en lo que yo llamo la contra-colonización hispana desde finales del siglo XIX, y sus efectos transformadores y –en mi opinión– saludables. Cada capítulo lleva el título de un mito, porque los mitos impelen la historia; las condiciones y exigencias materiales la configuran –cuerpos, biota, elementos, economías– pero los hechos que ellos configuran nacen en las mentes que los imaginan. En América, especialmente, la materia de la que está hecha la historia son los sueños.



Este libro ha sido editado con la colaboración de la Fundación Rafael del Pino

Título de la edición original: *Our America. A Hispanic History of the United States*
Traducción del inglés: Eva Rodríguez Hafter

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: diciembre 2014

© Felipe Fernández-Armesto, 2014
© de la traducción: Eva Rodríguez Hafter
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 23747-2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-19-0
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-6224-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)